

## LA BATALLA DEL RIATO

(“El Riato: testigo de una guerra. Villafranca de los Caballeros)

*El afrancesado Ceferino Díaz, protegido por varios soldados franceses, se prepara para ejercer su labor de recaudador de impuestos. Sobre una mesa ordena y revisa con parsimonia todo lo necesario para anotar nombres y tributos que las gentes del lugar llevarán allí con evidente disgusto y vigilados por soldados franceses.*

*Los actores deambulan lentos y silenciosos durante la primera locución.*

### **1ª Locución (Voz femenina)**

Si queréis poner algún rostro visible a esta voz que ahora oís, miraos en los espejos. Esta voz es la vuestra, la de vuestros ancestros, la voz de la memoria de la tierra antiquísima que riega el Amarguillo desde días remotos, el río que ha escuchado la enigmática lengua de los íberos, el latín de los hijos de la loba del Tíber, el idioma coránico de Al-Ándalus, el viejo castellano de las recias mesnadas que seguían su cauce hacia los alminares de Córdoba y Granada, y el ya más familiar para vuestros oídos, el de los que partieron de esta villa para llevar su sangre hasta los campos de Bailén o de Uclés, o de tantos lugares señalados por Marte en su fatal designio. Sangre valiente y generosa que ha sabido regar las más nobles ideas para que crecieran y al cabo florecieran sobre la desolada tierra de la batalla. Sangre vital y alegre que ha viajado por todos los lugares del planeta, a pié garboso o en caballería, en bicicleta, o en cualquier clase de vehículo terrestre, marítimo o aéreo, llevando en sus alforjas el precioso azafrán y otras especias, o tan sólo los brazos, las manos laboriosas para construir el progreso y la paz allí donde pudieran ser requeridas, útiles a la vida y a la fortuna.

Como el amargo río yo he visto nacer a vuestros padres, y a sus padres, y a los padres de sus padres desde el primer pie humano que marcó su huella errante y descalza en esta tierra, y que aquí se detuvo sintiendo que este era un buen lugar para vivir, para morir y para que vivieran y murieran sus hijos.

Os podría hablar de muchas cosas, podría hacer que vuestros genes reconocieran y recordaran sus olvidados días en ese lugar que ahora llamáis “Palomar de Pintado”, o vuestra heroica presencia en la muy famosa batalla de las Navas de Tolosa, o las reuniones de los caballeros en este solar por san Martín. O lo que ya contienen vuestros ojos, los apacibles días de unas generaciones que no han conocido la aridez de las guerras, que honran con igual entusiasmo y entrega tanto el tiempo del trabajo como el de la fiesta, que aman su tierra, que evidencian su amor en bellos actos, como los atrevidos baños invernales de las lagunas.

Tal vez haya ocasiones de que gocemos juntos de las muchas y hermosas escenas que el incesante río de la historia ha ido sedimentando en el recuerdo, pero ahora os invito a que os asoméis por una sola de esas múltiples ventanas, la que se abre al doloroso amanecer del siglo XIX, cuando un ejército extranjero, el más poderoso de su tiempo, impuso a nuestras gentes la necesidad de renunciar al precioso tesoro que es la paz, no dejándoles más opciones que la claudicación o el combate, la infamia o la dignidad, la sumisión o la libertad.

Vuestros pacíficos ancestros sintieron llegado el tiempo de que sus encallecidas manos soltasen la esteva y la ijada para empuñar las armas. Y supieron hacerlo. Supieron convertir las hoces en espadas, y las pacíficas navajas en dagas de combate. Supieron que aquel era su destino y lo acataron con valor. Días vendrían después para el sosiego, para, serenamente, ver espigarse el trigo, la cebada y los hijos. Días de paz y de libertad que había que ganar, que había que comenzar a construir en la inhóspita noche de batallas como la del Riato, que aconteciera aquí, en este mismo espacio sobre el que ahora vamos a abrir una ventana orientada a las luces del pasado, a las postrimerías del ya lejano Marzo de mil ochocientos doce.

Uno más de doscientos son los años que nos separan del acontecimiento histórico que Ahora os invito a visitar: la batalla del Riato. Uno más de doscientos son los años sobre los que vais a poder

extender la mirada si os unís a la expedición.

Sed bienvenidas todas las personas que queráis embarcar en esta inmaterial nave del tiempo. Será su voz, la voz del tiempo, quien os irá guiando por las escenas de los épicos actos. Con ella os dejo ahora que ya estamos llegando a los días de destino.

*Los actores se detienen. La imagen queda congelada para dar entrada a la segunda locución*

**2ª Locución. (Voz masculina)**

Bienvenidas, bienvenidos  
las viajeras y viajeros  
intrépidas y atrevidos  
que os acercáis a este tiempo.

Vengáis de donde vengáis,  
de Villacañas o Quero,  
de Camuñas o de Alcázar  
de Herencia, del extranjero  
o de aquí, de Villafranca,  
donde acontecen los hechos.  
Vengáis de donde vengáis,  
digo, llegad, que os espero.

No miréis vuestros relojes,  
tampoco vuestros teléfonos.  
La fecha y hora que marcan  
no pertenece a este tiempo,  
que aquí todavía no existe  
ninguno de esos inventos.

¡Qué pitorra de artificios!  
No podéis vivir sin ellos,  
pero apagalos un rato  
o ponedlos en silencio,  
que lo que aquí va a pasar  
merece la pena verlo  
y escucharlo atentamente,  
y sentirlo en los adentros.

Mirad que ya habéis llegado,  
que ya cobra movimiento  
lo que quedó detenido  
en su espacio y en su tiempo.

*La escena cobra movimiento.*

*Los soldados franceses comienzan a desfilar con marcialidad y a tomar posiciones alrededor de la mesa del recaudador y de los paisanos que acuden, indignados algunos y desganados todos, a pagar los impuestos.*

*Tras la escena prosigue la locución.*

En estos oscuros días  
de fusiles extranjeros,  
han llegado a Villafranca  
los dragones del imperio.

Son cien y están bien armados.  
De a caballo caballeros,  
han venido de Consuegra  
para recaudar impuestos.

Y allí está el recaudador  
al que vienen protegiendo,  
un tal Ceferino Díaz,  
afrancesado y artero.

Recaudar para el gabacho  
se llama expolio o saqueo,  
abusos de fuerza, robos  
y crímenes contra el pueblo.

Estos son, en lengua llana,  
los más ajustados términos,  
sin enredos, eufemismos,  
ni verbos de leguleyo.

Y quien tenga alguna duda,  
y quien no quiera creerlo,  
que se ilustre consultando  
el Diccionario Chelero.

*Se escuchan algunas protestas contra el expolio (Gritos de ¡Ladrones! dirigidos a los gabachos, y de ¡Traidor! al recaudador). Las personas que expresan su disconformidad son inmediata y duramente reprimidas a golpes por los soldados franceses.*

*Ej: Una mujer, ante la mesa, insulta al recaudador y a los franceses. Éstos la reducen, le arrebatan la faldriquera, que dejan sobre la mesa o entregan al recaudador, y se llevan del sitio a la dama a la que dejan tirada en el suelo, conminándola a que se calle y amenazándola, en caso de perseverar en su actitud, con ocasionarle males mayores.*

*Tras la escena prosigue la locución.*

En el Campo de Criptana  
está Paco Abad Moreno,  
comandante de guerrilla,  
conocido por Chaleco,  
con parte de sus valientes  
y leales compañeros.  
Húsares francos les llaman,  
forman parte del ejército,  
pero en sus pechos palpitan  
corazones guerrilleros.

Francisco Abad, enterado  
del militar movimiento,

pone a sus hombres en marcha  
y se dirige al encuentro  
del denostado enemigo  
que osó humillar este suelo.

Con él va Diego Martín,  
jefe de los camuñeros  
que lloran a Francisquete  
pero siguen combatiendo.

Las dos partidas avanzan,  
no hay pena, dolor ni miedo.  
La laguna de las Yeguas  
los ve pasar en silencio.

Silencio guardan las casas,  
silencio y recogimiento  
al paso de las partidas  
por las calzadas del pueblo.

Palpitan los corazones,  
los ojos no quieren verlo,  
y hasta el Cristo de santa Ana  
se estremece en su aposento.

Entre todas las estrellas,  
satélites y luceros  
que alumbran la densa noche,  
sólo Marte manda el cielo.

las calles mecen las sombras  
pesadas de los guerreros  
y es un presagio de pólvora  
el aire villafranquero.

Así llegan a la plaza.  
El enemigo está atento,  
preparando en las posadas  
su bienvenida de fuego.

La plaza, fortificada  
con carros y parapetos,  
promete venderse cara  
para quien sepa entenderlo.

que allí tienen los franceses,  
sin escasez de pertrechos,  
fusilería y municiones,  
un recio destacamento.

Hay tormenta de disparos,

de insultos y de improperios  
en francés, en castellano  
y hasta en el mismo arameo.

Piensa Paco en el asalto,  
pero desiste al momento  
calculando que habrá mucha  
sangre fuera de sus cuerpos.

Descartada la ofensiva,  
de su militar talento  
surge la astuta estrategia  
de cercarlos en asedio.

No resultara brillante  
el conocido ardid bélico,  
de no ser porque les deja  
un escape descubierto.

Un trayecto calculado,  
una vía de regreso  
a la prioral Consuegra,  
donde están sus compañeros.

No por eludir la lucha,  
por agobio ni por miedo,  
ni por preservar su vida,  
ni la de sus guerrilleros.

El camino de Camuñas  
queda franco al campo abierto,  
porque en campo abierto quiere  
jugar su suerte Chaleco.

Camino de los amores  
camino de los barberos,  
y de los esquiladores,  
y de los amigos buenos.  
Camino de comerciantes,  
músicos y aventureros.  
Camino que acerca y une,  
camino que hermana pueblos.

El gabacho, temeroso,  
aconsejado del miedo,  
quiso, por las de Camuñas,  
tomar las de Villadiego.

Camino que se hace cauce  
de sangre, plomo y acero.  
Desde aquí, desde el Riato  
hasta el fuerte consuegrero

se suceden los discursos  
ásperos de blanca y fuego.

Chaleco manda a su tropa  
perseguir al extranjero  
hasta la misma Consuegra,  
donde llegan pocos de ellos.

Al comandante gabacho  
lo apresan en Madridejos.  
Aunque fuera de su carne,  
aunque lejos de su cuerpo,  
Napoleón ha sufrido  
una indigestión de hierro.

La batalla del Riato  
termina y calla su estruendo.  
Hay treinta y nueve franceses  
contados entre los muertos  
y un español de la Mancha  
que era cabo guerrillero.

Son cuarenta y siete presos  
los dragones extranjeros,  
y ochenta y siete caballos  
cambiaron de caballero.

El viejo río Amarguillo  
que ha presenciado el suceso,  
se lo lleva, indiferente,  
a su colección de tiempos.

Volved ahora a vuestros días  
sabiendo lo que fue esto,  
y celebrad el tesoro  
que es la Paz. En ella os dejo.

*Los actores se levantan (los que por cualquier causa estuvieran sentados o tumbados en el suelo) Se orientan hacia la fuente de las locuciones y escuchan en silencio.*

### **3ª Locución (Voz femenina)**

Poco o mucho, la batalla del Riato contribuyó, sin duda, a la retirada final de los ejércitos napoleónicos de nuestra tierra, algo más de un año después de estos hechos.

Tras sus fatales cinco años de ocupación, las tropas imperiales habían dejado un doloroso rastro de odio y muerte. Fueron muchas las personas que perdieron la vida a causa de unas decisiones desconocidas e incomprensibles para ellas, que se tomaron lejos, muchas leguas al norte de los Pirineos, a una distancia enorme de sus pacíficos y laboriosos pueblos.

Manuel Buitrago, Lope Chacón y Joseph Borlado son tres de estas personas. Y su pueblo, alejado de París más de mil doscientos kilómetros, es este, Villafranca de los Caballeros.

Sólo una cosa os pido a cambio de este viaje, si es que os ha complacido. Sé que tal vez no os vaya a resultar fácil, pero quiero que rindáis en vuestro interior un silente y sentido homenaje a los

hombres que perdieron su vida en la batalla del Riato.

A todos. Al cabo español Francisco Navarrete y a los treinta y nueve franceses que, a fin de cuentas, forman desde esos días y para siempre parte de nuestra tierra. Tal vez no venga a resultaros grato, pero sentid que ellos también tenían madres, y padres, y hermanos, y amigos, y tal vez novias, esposas o hijos que regaron las fértiles tierras de Francia con sus lágrimas.

Pensad que ellos tampoco eran culpables de los delirios imperiales que les trajeron hasta aquí, haciéndoles más víctimas que a los propios españoles de la locura de Napoleón.

Ellos, como la mayoría de vosotros, formaban parte de esa clase de gente que siempre pierde las guerras. Todas las guerras, aun las que gana su país o su bando.

Ojalá que todas las batallas, y que todas las guerras del futuro sean como esta que acabáis de presenciar, un recuerdo, una fiesta, un acto de amistad, de paz y de cultura.

Mientras os lo permitan vuestros cuerpos, continuad disfrutándolo.

Gracias por viajar con nosotros.

Merçi beaucoup et au revoir.

Florentino Caballero Santacruz

150513

(Ensayo 2013)



[ELTIOCAZUELA.COM](http://ELTIOCAZUELA.COM)

[\(El Riato: Testigo de una guerra\)](#)

[\(Asociación "La partida de Francisquete"\)](#)